

DISQUISICIONES DESDE Y SOBRE LA MODERNIDAD  
LATINOAMERICANA: *PROPOSICIONES. ENSAYOS DE  
TEORÍA CRÍTICA*<sup>1</sup> DE GRÍNOR ROJO

*Natalia Cisterna Jara*  
Universidad de Chile  
Santiago, Chile  
nataliacisterna@u.uchile.cl

“La verdad no es nunca una estación de llegada, sino solo un paradero más en el viaje interminable de la razón” (9) nos dice Grínor Rojo en el prólogo de su nuevo libro, *Proposiciones. Ensayos de teoría crítica* (2022); libro que reúne nueve ensayos, algunos de ellos inéditos y otros publicados previamente en distintos medios, más una entrevista de Juan Francisco Coloane que cierra el volumen. Este concepto de verdad, que acabo de citar, anima gran parte de los análisis que el autor nos presenta en las páginas de *Proposiciones*. Las ideas desplegadas en este variado conjunto textual no buscan instalar verdades definitivas u ofrecernos respuestas concluyentes a las distintas preguntas que motivan sus reflexiones. Esto no quiere decir que el autor haya renunciado a la noción de verdad y escoja sumergirse en una corriente relativista de cuño posmoderno, alejándose con ello inesperadamente de lo que ha sido y es su trayectoria intelectual. Por el contrario, para Grínor Rojo la verdad, surgida del examen atento del sujeto a ciertos fenómenos y sus circunstancias históricas –examen que dependerá de las posibilidades de racionalidad que se disponga en un contexto y época determinados (9)– no opera como un candado, sino como una llave que permite ir descubriendo aquello que estaba en la opacidad.

<sup>1</sup> Rojo, Grínor. *Proposiciones. Ensayos de teoría crítica*. Santiago: Editorial Universitaria, 2022.

Agrego, además, que, así como los ensayos del libro no buscan cancelar o cerrar un debate, tampoco pretenden aparecer iniciándolo. Nada está más lejos de la voluntad del autor que presentarse inaugurando discusiones, preocupaciones y preguntas. En cada uno de los nueve ensayos (y también en la entrevista final) que componen *Proposiciones*, Grínor Rojo se encarga de hacernos partícipes de un tejido de debates, muchos de ellos de larga data, alimentados por una serie de lecturas. Sus análisis a Guy Debord, Jacques Ranciere y Álvaro García Linera, entre otros autores estudiados, constituyen rigurosas pesquisas a las influencias teóricas y a los recorridos bibliográficos que confluyen en sus diferentes propuestas críticas. *Proposiciones* es, así, un libro que nos permite no solo acercarnos y ponderar la viabilidad de teorías y reflexiones, que marcan las discusiones sobre modernidad cultural y política, sino también nos posibilita bucear en las genealogías de dichas discusiones.

*Proposiciones* se despliega como un interesante y revelador recorrido por las preocupaciones intelectuales de su autor. En efecto, si bien el libro de Grínor Rojo nos ofrece un viaje crítico por un conjunto variado de temas, es posible reconocer en esa diversidad de problemas planteados los principales ejes que han constituido sus reflexiones. Me refiero, principalmente, a su interés por elaborar una justa ponderación, desde todas las trincheras posibles, a las contribuciones de la modernidad, de sus discursos y sus transformaciones, en el avance democratizador de los pueblos del mundo, especialmente de los pueblos latinoamericanos.

Reconozco que tras esta lectura que realizo ahora no hay un mayor esfuerzo intelectual de mi parte, desde el prólogo, Grínor Rojo se encarga de revelarnos esta ruta de lectura que atraviesa, de manera más o menos explícita, la totalidad de sus ensayos; como también se encarga, de destacar que su positivo balance a las ideas modernas, entre otras la de la igualdad de los seres humanos, que ha permitió la declaración de derechos universales, no significa, en ningún caso, desconocer el desastroso impacto que han tenido las empresas modernizadores sobre la naturaleza, los pueblos originarios y la calidad de vida de millones de personas que, como consecuencia de un modelo de desarrollo capitalista, han sido condenadas a una existencia de pobreza, sin expectativas de surgimiento y despojadas de toda posibilidad de decidir sobre sí y su entorno.

En el primer ensayo de *Proposiciones*, “Capitalismo, humanidades y pandemias”, Grínor Rojo se permite reflexionar en profundidad sobre esta materia, específicamente indagando en la relación inversamente proporcional entre la expansión del sistema capitalista y la decreciente relevancia de las

humanidades. Nos plantea ahí Grínor Rojo que “[e]l quehacer humanista no es compatible con los objetivos del capitalismo”, porque las humanidades han sido construidas sobre una determinada noción de lo humano, en la que el respeto a su dignidad no es negociable. Esta concepción de lo humano, donde “las personas son personas y no recursos” (15), contradice las bases de un modelo capitalista que está lejos de potenciar las facultades humanas y preocuparse por el bienestar común. Por el contrario, muchas veces ese bienestar amenaza este modelo de producción. La cultura neoliberal, es decir, el sistema de significados que organiza valóricamente la vida colectiva e individual en el capitalismo globalizado, transmite permanentemente a la esfera social discursos donde el cultivo de las humanidades se presenta como una excentricidad y su financiamiento, por parte de los Estados, como un derroche inexcusable. Sin embargo, Grínor Rojo no nos ofrece una simple descripción del esquema dicotómico entre modernidad instrumental versus modernidad emancipadora. Las humanidades y sus prácticas no se presentan como una esfera incontaminada del sistema neoliberal que envuelve, con particular eficiencia, todos los aspectos de la producción humana. Despojadas de su potencial crítico, convertidas en decoración o sus productos académicos reducidos a números para completar una tabla Excel que permita a las y los investigadores permanecer y ascender en sus respectivas casas de estudio, las humanidades corren el riesgo de terminar siendo funcionales a un sistema económico que amenaza los mismos valores que han sostenido la cultura moderna.

Esta advertencia a los peligros que corren las humanidades y con ello a la dimensión emancipadora de las ideas modernas, sin embargo, no cristaliza en una visión pesimista del autor. El potencial crítico y creativo de las y los sujetos inmersos en sociedades que han hecho suyo los discursos modernos (aunque sus clases dirigentes no dejen de sabotearlos y traicionarlos permanentemente), constituye un pilar fundamental para el inicio de miradas problematizadoras y procesos transformadores, muchas veces impensados. Esto se observa especialmente en su capítulo dedicado a Guy Debord y su lectura al concepto de sociedad del espectáculo. Grínor Rojo destaca la vigencia de las ideas de Debord; contextualiza con rigor los ejes de su pensamiento en las revueltas del 68, impulsadas por una juventud cansada, entre otras cosas, de una sociedad construida sobre las apariencias y la alienación capitalista; y da cuenta de los aportes del pensamiento marxista en las teorizaciones del intelectual francés. Para Debord, el espectáculo y la cultura de la imagen no son consecuencias de un tipo de producción capitalista, sino que están en el

ADN de este sistema económico. La actualidad de esta reflexión, elaborada a fines de los años sesenta del siglo pasado, es evidente. Sin ir más lejos, hace un tiempo atrás, el magnate de los negocios Elon Musk amenazaba en su cuenta Twitter a los trabajadores de esta red social con despidos masivos e inmediatos si no aceptaban las nuevas y duras condiciones de trabajo que se impondrían, previamente ya había despedido por esta misma vía a parte de sus ejecutivos y profesionales encargados del funcionamiento de esta red de internet. Hace casi dos décadas Donald Trump se hacía conocido y popular por tener un *reality* (“El aprendiz”) en el que en su calidad de empresario escogía y descartaba trabajadores. Los despidos de cada uno de los jóvenes profesionales que competían no solo por el puesto, sino por una suma no despreciable de dinero, marcaba los puntos más altos de audiencia. En esta sociedad del espectáculo, la ideología neoliberal ha implantado con singular éxito premisas funcionales a la producción capitalista. Así, en la nueva cultura laboral de la era de la imagen, de supermillonarios ascendidos a dioses, la competencia individual reemplaza la asociación sindical y las luchas colectivas por el bien común; y el compromiso irrestricto con la empresa se impone a costa de los derechos laborales conquistados por generaciones de trabajadores/as.

Para Grínor Rojo, sin embargo, y acá se aparta de la lectura de Debord, la sociedad del espectáculo se desenvuelve mejor no en las sociedades de un capitalismo más afianzado, sino en aquellas en las que el capitalismo está en desarrollo, es decir, “[aquellas] cuyas deformidades estructurales son aún más gravosas que las que se observan en las metrópolis, por lo que se ven en la obligación de hacer un uso desembridado y frenético del poder de la imagen” (40).

Pero la principal diferencia entre el análisis de Debord y el que finalmente nos ofrece Grínor Rojo sobre estas materias, está específicamente en la visión determinista del francés que lo lleva a construir una mirada pesimista de las posibilidades de transformación y de redefinición de las y los sujetos envueltos en un tejido audiovisual. Señala Grínor Rojo: “No solo es la pantalla electrónica un factor de control social [...] sino que también existe, siempre y cuando se cuente con el poder para ello, al menos la posibilidad de darle un giro de distinto carácter” (43).

Un giro de distinto carácter es el que hicieron y han hecho, por ejemplo, los movimientos estudiantiles en las últimas décadas en Chile. Desde las primeras manifestaciones masivas del 2006 hasta el 2019, las y los estudiantes secundarios y universitarios usaron con habilidad las redes sociales y los

videojuegos para comunicarse, organizarse y evadir, muchas veces, la vigilancia policial. El estallido social fue, sin duda, también un estallido de imágenes y sonidos, en el que asistimos a una corriente de signos donde las banderas de los movimientos feministas, de las disidencias sexuales y del pueblo mapuche se mezclaban con una iconografía proveniente de los medios de comunicación de masas y de una memoria colectiva, popular y dispersa, pero no por ello carente de fuerza y de sentidos. Como señalé antes, sin duda Grinor Rojo cree en las capacidades transformadoras y resignificantes de las y los sujetos, más aún en el marco de las sociedades modernas. Entre los roles del intelectual y que él ha asumido con agudeza, está sin duda el intentar comprender e interpretar las prácticas y productos nacidos de una inventiva humana que tensiona, problematiza y en ocasiones se reapropia de las dinámicas hegemónicas.

La pregunta sobre el papel del intelectual en estos escenarios de capitalismo en vías de desarrollo está presente en la mayoría de sus textos. El ensayo en el que profundiza más sobre este tema es, sin duda, el que se centra en el pensador boliviano Álvaro García Linera. El análisis de Grinor Rojo despliega el recorrido político y crítico de García Linera, destacando ciertos aspectos en los que, me parece, radica el principal valor de la lectura del intelectual andino a la realidad boliviana, los pueblos indígenas y la viabilidad de constituir un proyecto político indianista y marxista. Nos señala Grinor Rojo que el campo político boliviano, en el que se sitúa García Linera y su trabajo político e intelectual, tiene un carácter triangular: conformado en uno de sus vértices por el neoliberalismo y en las otras dos esquinas por el marxismo y autoctonismo indianista, respectivamente (74). Estas dos últimas tendencias han combatido históricamente el modelo neoliberal, un objetivo que sin embargo, no ha cristalizado en una cooperación y un trabajo en conjunto; con algunos momentos de entendimiento ha primado entre estas dos posiciones la desconfianza y la distancia. Álvaro García Linera buscó con lucidez un acercamiento entre ambas fuerzas mediante acuerdos políticos con las facciones autóctonas y, además, a través de un riguroso trabajo teórico con los textos de Marx a fin de encontrar “la hebra con la que podría conjugarse socialismo e indianismo” y así “aliviar al marxismo de los obstáculos teóricos que desde allí podían ponerse a un entendimiento de los socialistas blancos y mestizos con las demandas de los indios y aliviar a los indios de su desconfianza para con los socialistas blancos y mestizos” (74).

Esta es sin duda una de las cualidades más importantes de Álvaro García Linera, es decir, no reproducir o quedarse con las consabidas lecturas de los

textos de Marx y, por el contrario, explorar y analizar con rigor sus distintas líneas de análisis para dar sustento teórico a las luchas políticas. Lo que particularmente destaca Grínor Rojo, en los esfuerzos teóricos de García Linera, es la elaboración de una metodología de estudio, sostenida en algunos aportes de los escritos de Marx, pero sobre todo en un examen cuidadoso al desarrollo del capitalismo y a las comunidades agrarias indígenas. No se trata, por tanto, de hacer encajar de manera forzada conceptos y modelos teóricos a la compleja realidad boliviana, por el contrario, sus hallazgos críticos en la extensa bibliografía de Marx son instrumentales a una previa observación a la particularidad histórica de Bolivia.

Y en este punto no puedo sino retomar una de las ideas del libro en la que se indica que todo método de análisis está condicionado por su objeto. Esta afirmación la encontramos no en el capítulo dedicado a García Linera, sino en otro de los apartados del libro, titulado: “Seis anotaciones sobre historiografía literaria latinoamericana”. Para Grínor Rojo la eficacia de un método de comprensión a los fenómenos sociales y culturales depende del adecuado examen y definición del objeto de investigación. En este capítulo, después de un trabajo sistemático de identificación y análisis a los distintos esfuerzos de intelectuales latinoamericanos por periodizar y clasificar las obras literarias producidas en nuestros países, esfuerzos en los que tiene un lugar relevante el estudio de Antonio Cándido a la literatura brasileña, Rojo nos expone su propuesta de ordenamiento, entregando también parte importante de las claves que sustentan su desarrollo intelectual en este y otros libros. Nos dice Grínor Rojo que su objeto de análisis es Latinoamérica, sobre “cuya existencia y modo de existencia [...] se encuentra a cubierto de dudas” (202). La unidad de Latinoamérica, si bien es parte de un proyecto intelectual colectivo, está sustentada, nos señala Grínor, en poderosas razones, entre ellas una historia compartida, culturas con más de un vaso comunicante y con dificultades, desafíos y amenazas, en su mayoría, también comunes. Pero esta unidad, plantea el autor, está también sostenida en una diversidad de territorios, pueblos, culturas e historias. En esta unidad, construida sobre una realidad claramente heterogénea, Grínor Rojo señala que no existe una esencia que debamos explicar y justificar, estamos más bien frente a una “reunión de elementos cuyo encuentro posee un carácter histórico y programático” (203). La literatura, el arte y la cultura responden a un modo de funcionamiento similar: estamos ante diversas manifestaciones simbólicas que construyen unidades artísticas e ideológicas más o menos reconocibles y que, al alcanzar cierta estabilidad, dan lugar a lo que Rojo denomina *formaciones culturales*.

Todas estas formaciones han respondido a un deseo común, el deseo de la modernidad, pero ¿qué modernidad?, se pregunta Rojo, aquella que se hace cargo del “núcleo de significación más saludable de esa parte de la cultura moderna de origen europeo”, estamos hablando, entonces, del “tránsito del súbdito, el que no es dueño de sí ni de sus actos, al sujeto que sí lo es” (212).

Sin embargo, este deseo de modernidad no se ha expresado siempre de la misma manera a través de la historia y en los distintos espacios, nos señala Rojo. Al respecto, no puedo evitar pensar en las autoras que he estudiado. Aquellas escritoras latinoamericanas y caribeñas, de la primera del siglo XX, que anhelaron y, con distinto éxito, lucharon por una mayor autonomía y participación, en la esfera pública social y también en sus respectivos campos culturales. Sus deseos de modernidad, no se traducían, como en el caso de muchos de sus pares varones, en la búsqueda y validación de un proyecto estético nuevo y original, sus anhelos de modernidad buscaban impugnar los límites que imponía un sistema patriarcal que definía la esencia femenina como la antítesis de la condición moderna de sujeto. Visto de esta manera, me atrevo a pensar que en sus obras literarias parte de los motivos, figuras e imágenes que comúnmente la crítica ha asociado a las estéticas predominantes del período, obedecen más bien a esta preocupación profunda por una modernidad que les es negada esgrimiendo razones esencialistas. La fatalidad de los personajes de Marta Brunet o la indeterminación de los espacios envueltos por una espesa niebla, en el caso de la novela de María Luisa Bombal, pueden leerse no solo como expresiones del criollismo y la vanguardia respectivamente. Observo más bien en estas imágenes la representación de una experiencia de género sexual donde una vida moderna plena es una promesa muy lejana y cuyas pasajeras expresiones, en el mundo inamovible de las protagonistas, no pueden romper un destino ya signado.

*Proposiciones*, en definitiva, tiene la particularidad de entregar aproximaciones críticas, categorías, propuestas de periodización y de lectura que permiten leer, desde nuevos ángulos, momentos de nuestra historia cultural y política como asimismo sus corpus intelectuales y artísticos. Creo, por ello, que muchas de sus reflexiones nos ayudan a examinar fenómenos y sucesos recientes –acontecidos después de la escritura de la mayoría de los ensayos– que han remecido los campos políticos y culturales en Chile y Latinoamérica. Me refiero, por ejemplo, en Bolivia al retorno del MAS al gobierno bajo el liderazgo de Luis Arce y el encarcelamiento y juicio a los cabecillas del golpe de Estado; en Chile, la derrota impensada en el plebiscito de salida de la opción “Apruebo” a la propuesta de nueva constitución; en

Brasil, el triunfo de Lula de Silva y con ello la emergencia de nuevos bloques progresistas en distintos gobiernos de la región; izquierdas que, sin embargo, llegan al poder en condiciones muy distintas a las décadas pasadas y que ahora deben enfrentar no solo al modelo neoliberal y sus consecuencias, sino el crecimiento amenazante de sectores de ultraderecha, que han ido arrinconando a la irrelevancia a la derecha liberal y masificado con fuerza discursos antidemocráticos.